



»den de nuestra doctrina y prometen vivir conforme á ella, están obligados por nosotros á ayunar, á orar ó pedir á Dios la remision de sus culpas pasadas, y nosotros creemos y ayunamos con ellos; despues los conducimos al agua, y son regenerados de la manera que lo hemos sido nosotros.

»Despues del baño, admitido el nuevo fiel, como decimos, entre los demas hermanos, lo conducimos adonde éstos están reunidos, á fin de orar en comun con recogimiento, ya por ellos, ya por el iluminado, y por todos los demas fieles en cualquier parte que se encuentren, con objeto de que conocida la verdad, nos sea permitido con las buenas acciones y con la observancia de los mandamientos llegar al lugar de salvacion eterna. Terminadas las oraciones nos saludamos con un beso. Despues presenta el que preside á los hermanos pan y una copa de vino y de agua. Luégo que los toma, alaba y glorifica al Padre en nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y les da infinitas gracias por los beneficios que nos ha concedido. Terminada la oracion y la accion de gracias, los asistentes dicen en alta voz *Amen*, y en seguida los que se llaman diáconos distribuyen el pan, el vino y el agua consagrados en accion de gracias, y los llevan á los ausentes.

»Llamamos nosotros á esta comida *Eucaristia*, y no es permitido acercarse á ella, ó quien no cree la verdad de nuestra doctrina, y no ha sido lavado para la remision de sus pecados y para la nueva vida, ó no vive según los preceptos de Jesucristo; porque aquello no lo tomamos como pan comun ó como una bebida ordinaria, sino que así como por la palabra de Dios se encarnó Jesucristo y tomó carne y sangre por nuestra salvacion, del mismo modo aquel alimento, santificado por la oracion de su Verbo, se convierte en la carne y la sangre del mismo Jesucristo encarnado, y se convertirá en nuestra carne y nuestra sangre por la mutacion que ocurre en el alimento. Recordamos las cosas dichas entre nosotros. Aquellos á quienes es permitido hacerlo, socorren á los pobres; nosotros estamos siempre unidos, y en todos nuestros

»ofrecimientos bendecimos al Criador en su Hijo y en el Espíritu Santo.

»En el dia del sol, todos los que habitamos en una ciudad ó aldea, nos reunimos en un mismo lugar, y se leen los escritos de los apóstoles y de los profetas, cuando el tiempo lo permite. Al concluir el lector, el presidente dirige un discurso al pueblo exhortándolo á imitar tan claros ejemplos; despues nos levantamos, y hacemos nuestras oraciones, concluidas las cuales se ofrece, como he dicho, pan, vino y agua. El prelado hace una oracion en accion de gracias del mejor modo que puede, y todos responden *Amen*. Se distribuyen á los asistentes las cosas consagradas, y se envian por medio de los diáconos á los ausentes. Los más ricos dan á los demas liberalmente y por su voluntad una contribucion, y lo que de tal manera se reune, lo custodia el prelado, para auxiliar á los huérfanos, á las viudas y á aquellos que por enfermedad ó por otra causa se ven reducidos á la pobreza, para socorrer á los presos y á los extranjeros, y en suma para atender á todos los que están necesitados. Generalmente nos reunimos el dia del sol, porque es aquel en que principió Dios el mundo, y en el cual resucitó Jesucristo y apareció á sus discípulos, enseñándoles lo que os exponemos.»

Continuando explica lo que piensan los cristianos de las cosas superiores; y dice que el reino que esperan no es terrenal, porque en tal caso procurarían esperar en vida, y por el contrario, les regocija la muerte que les aproxima al reino de Dios, por cuya esperanza se abstienen del mal y practican el bien. El hombre conserva perfecta continencia, ó si se casa no cree lícito exponer á los niños, como es costumbre entre los gentiles, aprobada por los filósofos y tolerada por los príncipes. «Creemos que sólo los malos exponen á sus hijos, porque vemos que la mayor parte no los educan más que para prostituirlos, y en todas las naciones sólo se ven bandas de niños destinados á malos usos y alimentados como rebaños. Vosotros percibís por esto un tributo en vez de librar de ellos á vuestro imperio, y los que abusan de estos infelices, además del pecado que cometen



contra Dios, pueden por casualidad abusar de sus hijos.»

Tales eran las costumbres de los romanos en tiempo de uno de los mejores emperadores, y sin embargo, no digo todo lo que refiere San Justino. El mismo continúa: «Por temor de que perezca algun niño expósito, y para no ser homicidas, no nos casamos sino cuando tenemos posibilidad de educar á la prole, y renunciando al matrimonio guardamos perfecta continencia.» Despues dice así: «Si nuestras maneras os parecen racionales, respetadlas; si os parecen inconvenientes, despreciadlas; pero no condenéis por eso á la muerte á gente que no ha hecho ningun daño, porque os lo repetimos, no evitaréis el juicio de Dios, perseverando en semejante injusticia, y por nuestra parte diremos: cúmplase la voluntad del Señor.»

«Cuán hermoso es oír decir á estos calumniados: «Antes amábamos la disolucion, ahora la pureza; nos valiamos de artes mágicas, y ahora confiamos en la bondad de Dios; procurábamos todos los medios de adquirir lo ajeno, y ahora vivimos familiarmente y rogamos por nuestros enemigos... Muchos que eran coléricos y altaneros, se han convertido á una vida arreglada.»

Pero la virtud perjudicaba á los cristianos. Convertida una mujer, se niega á consentir el libertinaje de su marido, que contrariado la acusa como convertida por un tal Tolomeo. Conducido éste ante Urbicio, prefecto de la ciudad, es condenado al suplicio; pero uno que se llamaba Lucio reconviene al prefecto porque condena á muerte á quien no era adúltero ni ladrón ni homicida, diciendo que no podía ser tal la voluntad del emperador ni la del Senado. Urbicio entónces le pregunta si él tambien es cristiano, y oyendo que sí, le condena á muerte, por lo cual le da las gracias Lucio, porque lo libra así de malos señores para enviarlo al seno de Dios, padre y rey superior. Llega un tercero que tambien se confiesa cristiano é igualmente es condenado.

Entónces dirigió Justino la segunda apología á Marco Aurelio, contra los procesos, en que se arrancaba la confesion de culpas supuestas á esclavos, niños y mujeres, valiéndose

se de horribles tormentos, solicitando que se permitiese publicar las doctrinas cristianas, á fin de hacer ver claramente á los hombres de sara razon cuán superiores eran á las demas filosofías. No parece que favorecieron gran cosa á la paz de la Iglesia estos escritos, que selló el autor con su sangre.

Atenágoras tambien se quejó á Marco Aurelio y á Lucio Vero, de que se negase á los cristianos la tolerancia concedida á todos. «Los perseguidores (dice) no se contentan con quitarnos los bienes, sabiendo que renunciamos á ellos voluntariamente, sino que atacan nuestra vida con acusaciones que corresponden mejor á quien nos las dirige. Convéznanos de la más pequeña de estas faltas, y no tendríamos por injusto el mayor castigo; pero cuanto hasta ahora se nos ha imputado sólo es un vago rumor: ningun cristiano fué convencido jamas de delito, ni hubo entre nosotros ninguno malvado como no fuese un hipócrita.

Las tres culpas de que especialmente defiende á los cristianos, son el ateísmo, el incesto y el alimentarse de carne humana. «Entre nosotros (prosigue) encontraréis trabajadores, viejecitas, que no podrian demostraros de palabra la verdad de nuestras doctrinas, pero que demuestran con hechos la utilidad de sus sentimientos; no saben racionios de memoria, pero ejecutan buenas obras; mal tratados, no se rebelan; solicitados, dan lo que tienen, y aman á los demas como á sí mismos. ¿Tendríamos tanto cuidado de ser buenos, si no estuviésemos persuadidos de que Dios nos mira, y de que nos espera otra vida más hermosa despues de esta mortal? La esperanza de aquella nos hace despreciar la presente, y detestar hasta el pensamiento de la culpa. Según la diferencia de los años, consideramos á nuestros prójimos como hijos, como hermanos y hermanas ó como padres; guardando la pureza de los que miramos como parientes, nos besamos con gran recato y sólo como un acto de religion, que si fuese manchado por un deseo siquiera, nos privaría de la vida eterna. Cada uno de nosotros toma esposa para tener sucesion, é imita al agricultor que esparciendo el grano en su campo, espera con paciencia el



fruto; muchos envejecen en el celibato esperando así unirse más estrechamente á Dios. Nos está prohibido volvernos contra quien nos maltrata, y no bendecir á quien nos maldice, porque no satisfechos con la justicia que paga en la misma moneda, debemos mostrarnos buenos y pacientes. ¿Cómo pudiéramos comer hombres? Tenemos siervos que ven cuanto hacemos, y ninguno de ellos depone contra nosotros. ¿Cómo habíamos de matar hombres, nosotros, que no podemos sufrir siquiera verlos morir con justicia? ¿nosotros, que no toleramos, como vosotros, el espectáculo de los gladiadores y de las fieras, creyendo que no hay diferencia entre el que asiste á una muerte y el que la comete; que consideramos homicidio el aborto y la exposicion de los niños?»

Octavio y Cecilio, el primero convertido, y el segundo pagano todavía, se trasladaron á Ostia, donde se hallaba veraneando el famoso abogado Minucio Félix; paseaban una mañana á orillas del mar, cuando Cecilio, al ver un ídolo de Sérápis, se puso la mano en la boca y la besó, según costumbre en señal de adoracion. Octavio desaprobó su accion como supersticion indigna de un compañero suyo. Habiéndose detenido despues á observar unos niños que estaban jugando con unos guijarros en el agua, lo cual divertía á los demas, se quedó Cecilio pensativo meditando en las palabras que habia oido, por lo cual se propusieron discutir entre ellos el asunto. Tal es el argumento de un diálogo de Minucio Félix (1), el cual participa alguna vez del sabor platónico. Cecilio defiende á los dioses, creencia antigua y general, contra la que llama manía de aquella gente nueva, manchada con sucias infamias y perseguida; pero los otros dos arguyen tan bien que al fin se da por vencido y convertido.

Quinto Septimio Florencio Tertuliano, cartagines, y considerado como el padre de la Iglesia más elocuente en la lengua latina (2)

(1) «Minucii Felicis Octavius.» Leiden, 1672, en 8.º

(2) «Q. Sept. Florentis Tertulliani opera, cum adnotat. Rigaltii jurisconsulti.» Paris, 1634-1664. Tertuliano, en el «Apologético.» c. V, escribe que habiéndosele referido á Tiberio los milagros de Cristo, propuso al Senado reconocerlo por Dios; pero el Se-

compuso una apología de los cristianos, perseguidos entónces en África, demostrando, con motivo de la famosa carta de Trajano á Plinio, que sería injusticia castigarlos tan sólo por el nombre, privarlos de la defensa y de los abogados que á ningun reo se niegan, y no examinar la naturaleza de los delitos confesados, la clase, el tiempo, la manera y los cómplices. «Interrogais á los demas para conocer si son culpados, y á nosotros para hacernos negar que lo somos. Dice uno: *Yo soy cristiano*, y dice la verdad; pero vosotros estais en el tribunal para obligarnos á mentir. Este procedimiento diferente deberia no obstante infundir sospechas de que sólo alguna fuerza secreta puede obligaros á obrar contra las leyes y contra las prácticas forenses. Los tiranos emplean los tormentos contra los falsarios, y vosotros para castigar á los que dicen la verdad. Si se confiesa ántes de esperar los tormentos ya no deben emplearse éstos; basta dar la sentencia. Vosotros haceis creer que un cristiano está manchado con todas las culpas, que es enemigo de los dioses, de los emperadores, de las leyes, de las buenas costumbres y de la naturaleza, y los obligais á negar, para declararlos inocentes. Esto es proceder contra las leyes...»

Despues de probar la ilegalidad de los procesos, demuestra la inconveniencia de castigar á tantas personas, y dice: ¿qué haréis de los millares de hombres, de mujeres, de toda edad y condicion, que presentan los brazos á vuestras cadenas? ¿de cuántas hogueras y de cuántas espadas tendréis necesidad? ¿Diezmaréis á Cartago?

Se aventura hasta subir á la fuente de la autoridad, manifestando que no son infalibles las leyes humanas, y que unas quedan abolidas cuando se introducen otras. Á la acusacion de comerse los niños opone el uso constante en

nado se negó á ello. No sólo la tímida fe sino tambien historiadores de crédito, admiten el hecho; pero hay que tener presente que Tertuliano no lo apoya en autoridad alguna; que el Senado no hubiera osado desatender una peticion de Tiberio, y que éste habia abolido poco ántes el culto de Isis, y desterrado á Cerdeña á cuatro mil hebreos.



Asia de inmolarlos á Saturno hasta el proconsulado de Tiberio, el cual hizo crucificar á los sacrificadores en los árboles que daban sombra al templo. No obstante, si el uso habia cesado públicamente, practicábase aún en secreto: degollábanse hombres en honor de Mercurio por los galos; derramábase sangre humana en la misma Roma en honor de Júpiter, mientras que los cristianos se absteneían de probar toda clase de sangre (1).

Á la imputacion de sacrilegio responde poniendo de manifiesto la extravagancia del culto gentil en comparacion con el cristiano. «Nosotros adoramos á un solo Dios, el cual con su palabra, con su razon y su poder sacó de la nada todo este mundo con cuanto lo compone, ó lo que es lo mismo, los elementos, los cuerpos y las almas, para que sirviesen de adorno á su grandeza. ¿Queréis conocerlo en sus obras? ¿queréis el testimonio de nuestra alma, la cual á pesar de su mala educacion, de las pasiones y de la servidumbre á los falsos dioses, cuando se despierta, lo llama con el solo nombre de Dios, diciendo: «¡Oh gran Dios! ¡oh buen Dios! lo que Dios quiera: Dios lo ve: Dios lo haga: Dios me lo pagará?» Este es testimonio del alma, y mientras dice esto, no se dirige al Capitolio, sino al cielo. Para hacer que tuviésemos un conocimiento más perfecto de él y de su voluntad nos dió el auxilio de la Escritura, porque en el principio envió á la tierra hombres, dignos por su justicia y santidad de conocer á Dios y de hacerlo conocer á los demas. Ellos estuvieron llenos de su santo espíritu, á fin de que publicasen que hay un solo Dios, el cual creó todas las cosas y formó al hombre de tierra, y arregló el curso del mundo y dió preceptos, conforme á los cuales se le pudiese agradar, preceptos que vosotros ignorais y despreciáis: un Dios que al fin del mundo juzgará á los que le sirven, para darles en premio la vida eterna, y condenará á los impíos al fuego eterno, despues de haber resucitado á todos los muertos. Nosotros nos hemos burlado

(1) Conforme á la regla impuesta por el concilio de los apóstoles, mucho tiempo observada, se absteneían los cristianos de la sangre y de los animales ahogados. Resto de las costumbres hebreas.

ántes de esta doctrina, y fuimos de vuestro partido: los hombres no nacen cristianos, pero se convierten.»

Á la calumnia de lesa majestad responde asegurando que aún cuando los cristianos no manifesten su adhesion con juramentos y orgías ruegan no á divinidades soñadas, sino el verdadero Dios, á fin de que conceda larga vida al emperador, un reinado tranquilo, seguridad en los palacios, valor en las tropas, fidelidad en el Senado, probidad en el pueblo y paz en todo el mundo. «Poco se honra á los príncipes estableciendo públicamente juegos y mesas, comiendo por las calles, convirtiendo en taberna toda la ciudad, mezclando el vino con el fango, y corriendo en tropel á cometer insolencias. Qué, ¿no se puede expresar la alegría pública sino con vergüenza pública? ¿Seremos culpados porque cumplimos nuestras obligaciones para con los emperadores con castidad, sobriedad y modestia, y porque no cubrimos nuestras puertas con ramas de laurel, y porque de dia claro dejamos de encender las lámparas como se hace para señalar los lugares infames?»

Demuestra despues el apologista que aquellos que más se esforzaban por tributar tan vanos testimonios á los emperadores, eran sus súbditos ménos fieles y los más dispuestos á la rebelion. «Al contrario, los cristianos perseguidos obedecen, y aún cuando el pueblo se anticipa á las órdenes supremas para matarlos, y viola hasta sus cadáveres, no piensan en la venganza. Y sin embargo, aunque nacidos ayer, ocupamos las islas, las ciudades, los castillos, los campos, el palacio, el Senado y el foro, no dejando desocupados más que los templos. Siendo tan grande nuestro número, pudiéramos hacer la guerra juntos, ó abandonar el reino; pero nuestra creencia nos aparta de la ambicion y de la efusion de sangre. No por esto es verdad que seamos indolentes, que ántes por el contrario nos dedicamos al comercio, á la navegacion, á las armas y á la agricultura, pagamos los tributos, y si no enriquecemos templos y á malas mujeres y á astrólogos, tampoco damos ocupacion á los tribunales.



»Sé muy bien que nuestras parcas cenas tienen fama no sólo de culpables, sino de extremada magnificencia, y nada se dice de los banquetes de tantas congregaciones paganas. Nuestra cena revela su origen en su nombre de *agape*, que en griego significa caridad, y es consuelo de los pobres. No se tolera en ella maldad ni insolencia; no se sienta uno á la mesa si no ha rogado ántes al Señor; se come lo que basta, y se bebe cuando conviene, sin ofender la decencia. Tomamos la comida con medida, como los que deben orar á Dios en la noche, y hablamos como gente que sabe que se halla en presencia de Dios. Despues de lavadas las manos y encendidas las lámparas, se invita á cada uno á cantar las alabanzas de Dios tomadas de los libros sagrados, ó compuestas por algunos de nosotros: véase por esto á lo que se reducen nuestros brindis. Se termina la comida igualmente con la oracion, y en fin nos separamos con decoro y modestia sin cometer ninguna insolencia. Tales son las asambleas de los cristianos; nosotros somos los mismos unidos y separados; ninguno se ve afligido ni ofendido por nosotros.

»Con más razon se debería dar el nombre de facciosos á los que conspiran contra los cristianos bajo el vano pretexto de que son principio de todo mal público. Si se desborda el Tiber, si no se desborda el Nilo, si el agua falta, si tiembla la tierra, si sobreviene una carestía, se exclama al instante: *los cristianos á las fieras*. ¿Y cuántos males semejantes no han ocurrido ántes del reinado de Tiberio y de la venida de Jesucristo? Esos son efectos de la cólera de Dios, justamente irritado contra los hombres culpados é ingratos. En tanto, cuando la sequía hace temer la esterilidad, vosotros sacrificais á Júpiter, frecuentando los baños, las tabernas y otros lugares de disolucion. Nosotros tratamos de aplacar al cielo con la continencia, con la frugalidad, con ayunos, vistiendo paño burdo, y cubriéndonos de ceniza; y cuando se ha obtenido misericordia damos gracias á Dios. Pero no nos alteran estas desgracias, ni tenemos en este mundo más deseo que el de partir de él lo más pronto que podamos.»

Tertuliano se pronunció con todo su rigor indomable contra los espectáculos, y especialmente contra los teatros, perjudicialísimos, ya por su origen idólatra, ya por los peligros inherentes á ellos y por las pasiones que despiertan. Trató de varios casos de idolatría, del traje de las mujeres, de los mártires, del bautismo, de la penitencia y de la oracion, reprobando los abusos y supersticiones que se habian introducido. Es de gran fuerza la obra de las *Prescripciones*, en la cual combate á los herejes con razones legales, como incapaces de disputar sobre las santas escrituras, porque no las conocen, y los confunde manifestando que su origen es reciente, mientras que la Iglesia cree lo que enseñaron los apóstoles y las iglesias que ellos fundaron.

Pero Tertuliano se apasionó de sus opiniones; no quiso condescender con los tiempos ni con la fragilidad humana; no estuvo libre de la soberbia; y demasiado absoluto á pesar de tantos conocimientos, dejóse seducir por los errores de los montanistas, adecuados á la inflexibilidad de su carácter y á la intolerancia de sus doctrinas. Entónces las llevó al exceso; negó que fuese lícito sustraerse con la fuga á la persecucion; multiplicaba los ayunos obligatorios; no queria que se recibiese á penitencia al que hubiese incurrido en deshonestidad; separóse hasta de sus nuevos sectarios, sosteniendo el materialismo y hasta el sexo de las almas, fundado en inspiraciones en las cuales habia llegado á creer despues de impugnar la autoridad de la Iglesia viva, en cuyos errores perseveró de tal manera, que ha dejado dudar de su salvacion.

Libre enteramente del simbolismo de los orientales y del todo positivo, es en sus obras grave, austero, pero incorrecto y á la vez afectado en el estilo como en el pensamiento, rebotando por demasiada abundancia, y siendo oscuro por exceso de precision (1).

Tan apasionado, pero con más peso que

(1) Además de los escritores eclesiásticos, véanse «Aug. Neander, Antignostikus Geist des Tertullianus und Einleitung in desser schriften.» Berlin, 1825.

J. P. Charpentier, «Étude historique et litteraire sur Tertullien.» Paris, 1838.



Tertuliano, fué Cecilio Cipriano Cartagines, en el cual no se sabe si fué mayor la gracia ó la fuerza. Escribió muchas obras con suave y lucida abundancia, en las cuales contribuyó quizá más que otros á separar los dos órdenes de fe y de exámen, de revelacion y de concepcion, cuya mezcla produce la esclavitud ó el extravío de la inteligencia, al paso que su distincion abre al espíritu humano las barreras de lo infinito, haciéndole pasar del simbolo á la realidad. Especialmente en su obra *De la vanidad de la idolatría y de la unidad de la Iglesia*, combatió el antiguo culto y los nuevos cismas, estableciendo claramente la unidad de la fe en la unidad de la cátedra romana (1). Habiendo-

(1) San Pablo establece los fundamentos de la unidad sagrada con estas palabras: «Solicitos de guardar la unidad del espíritu mediante el vínculo de paz. Un cuerpo y un espíritu, como fuisteis llamados en una esperanza de vuestra vocacion. Un señor, una fe, un bautismo. Un Dios y padre de todos, que es sobre todos, y por todas las cosas, y en todos nosotros» (ad Eph. VI, 3, 4, 5, 6). Tal es el principio de la unidad al cual nos debemos mantener inviolablemente ligados, y sobre todo los obispos que tenemos el honor de présidir la Iglesia.

»Como no hay más que un solo Jesucristo, así tampoco hay más que una sola Iglesia, una sola cátedra, fundada sobre San Pedro por la palabra misma de Jesucristo; y por tanto un solo altar, un solo sacerdote; ni hay ni puede haber dos, ni puede haber otro diferente. Sólo una demencia culpable, una impiedad sacrilega puede creer que tiene derecho para violar el órden establecido por el mismo Dios.

»Hay un solo episcopado, una parte del cual es tenida «in solidum» por cada uno.

»No habiendo más que un solo episcopado, no hay más que una sola Iglesia, extendida en la vasta multitud de los miembros que la componen. Del sol parten muchos rayos, pero uno sólo es el foco de la luz; un árbol tiene muchas ramas, pero arrancan de un solo tronco, que echó raíces en la tierra; de una fuente parten muchos arroyos, pero el manantial es uno solo.

»No puede separarse un rayo del sol, ni hay luz cuando no hay relacion con el principio de donde la luz emana; una rama separada del árbol ya no tiene raíces; un arroyo desviado de la fuente se seca de pronto. Tal es la imagen de la Iglesia; la divina luz que la autoriza abraza con sus rayos todo el mundo; pero proviene de un punto sólo, que distribuye el resplandor á todos los lugares, sin que se descomponga la unidad del principio; su inagotable fecundidad propaga sus ramas por toda la tierra, derrama léjos sus copiosas aguas; pero en todo existe el mismo principio, el mismo origen, la misma madre, que manifiesta su vigor con el número de sus hijos.» «De Unitate.—Epístola ad plebem.»

le referido que el papa trataba de hacer concesiones al cismático Felicitísimo, le escribió: «Queridísimo hermano, un obispo puede ser muerto, pero no vencido; abrazo tiernamente á todo el que está verdaderamente arrepentido; pero si alguno cree hacerse abrir las puertas por medio del terror, sepa que el campo de Cristo no se toma con amenazas.» Lleno de sentimiento y calor, tiene, en concepto de Fenelon, una magnanimidad y una vehemencia que recuerdan á Demóstenes. Tambien San Cipriano erró, pero reparó sus yerros con el generoso martirio que hemos referido.

Tambien era africano Arnobio, que habiendo sostenido por mucho tiempo el paganismo, se sometió á la Iglesia, que le mandó emplear contra la idolatría la eficacia de su palabra. De la manera, pues, que ántes habia comentado los autores profanos, asimismo en los siete libros *contra los gentiles* (1), ofreció la impugnacion más completa de las antiguas creencias, dirigiéndose á los hombres de doctrina, capaces de mantener equilibrada la balanza entre aquéllas y las nuevas, y en su celo de prosélito no sólo pidió la destruccion de los teatros, sino tambien de las obras poéticas. Difuso y artificioso como maestro de retórica, no profundo en la verdad, cita pocas veces el Nuevo Testamento, jamas el Antiguo, usando su fuerza en refutar la idolatría y á los que decian que habia perecido el mundo desde la aparicion del cristianismo, siendo el género humano víctima de todo mal.»

Su mérito consiste en haber educado á otro campeón poderoso del cristianismo en Lactancio, llamado por Constantino para instruir á su hijo Crispo en las doctrinas que habia aprendido en Asia. Lactancio manifiesta más imaginacion oratoria que verdad histórica en el tratado *De la muerte de los perseguidores*. Viendo, cuando la verdad era combatida con las armas, presentarse dos filósofos á desacreditar-

(1) Arnobii Afri «Adversus Gentes,» libri VIII. Leiden, 1651. El «África cristiana» de Estéban Morcelli (Brescia, 1816), es un portento de exactitud y paciencia, pero nada más. Jamas coloca una idea junto á aquellos hechos, y jamas deduce una conclusion general de las aserciones parciales.